

después de haber dado felizmente cima á una de las más nobles é interesantes hazañas que la amistad, el honor y la caballería han consignado en los anales del mundo. No faltó quien supuso complicidad de Carlos de Blois en todo este suceso; pues sobre la virtud recaen tan fácilmente sospechas de haber cometido una buena acción, como se sospecha que el vicio sea el autor del crimen.

SUMARIO.

La condesa de Montfort envia embajadores pidiendo nuevos auxilios á Inglaterra, á tiempo que Eduardo estaba ocupado en la guerra de Escocia.—Carácter y costumbres de los escoceses.—Roberto de Artois se presenta en Bretaña á defender á la condesa de Montfort.—Es herido en la ciudad de Vannes después de haberse apoderado de ella, y va á morir á Londres.—Desembarca Eduardo en las costas de Morbihan.—Suspensión de armas convertida en tregua.—Rompese al punto la tregua á pesar de haber sido ajustada por tres años.—Torneo con motivo del casamiento del segundo hijo de Felipe de Valois.—Clisson y otros diez caballeros bretones son condenados á muerte por sospechas de traición.

FRAGMENTOS.

AMORES DE EDUARDO III Y LA CONDESA DE SALISBURY.

Aun no se había visto caer sobre el cadalso la sangre de la nobleza, sangre que, andando el tiempo, Luis XI y el cardenal de Richelieu derramaron con profusión. Los nobles, que componían entonces como caballeros la fuerza del ejército, concibieron una aversión hacia Felipe, que solo las desgracias de este pudieron hacer olvidar: en Crecy cerraron los ojos á la afrenta hecha á su corporación, y nada más tuvieron presente que su propio honor y las desgracias que pesaban sobre su soberano, y si no vencieron fue porque les faltó vida antes de coronar la victoria. Felipe al aplicar la ley como juez supremo sin descender á explicar los motivos, apareció como un tirano, cuando en realidad, según la legislación de aquel tiempo, nada más era que un monarca severo. En la actualidad solo los tribunales pueden quitar la vida á los reos, y el rey de Francia solo se ha reservado para semejantes casos el derecho de conceder el perdón.

Un marido ultrajado fue, como en tiempos de la antigua Roma, el motivo de un trágico suceso. El rey de Inglaterra había casado á Guillermo de Montagu, que posteriormente fue conde de Salisbury, con Catalina ó Alix, hija de lord Granfton, una de las más hermosas mujeres de su tiempo. Es de presumir que Eduardo quedó desde aquel punto enamorado de la belleza de Alix, si se tiene presente el principio del poema del Voto de la garza real: «Eduardo no pensaba en combates, estaba con la cabeza inclinada ocupado en pensamientos de amores. No tardó Eduardo en distraerle con la atención que tuvo que poner en la guerra: su naciente pasión estaba ya casi extinguida, cuando un acontecimiento vino á darle nuevo estímulo.

Los escoceses habían invadido el Norte de Inglaterra. Aventureros de Suecia y de Noruega, los pequeños príncipes de las Híbridas y las Orcades, y los highlanders, acudidos por el rey David Bruce, asolaron las llanuras, insultaron á Newcastle, y tomaron á Durham por asalto.

Habiendo Eduardo tenido noticia de semejantes sucesos por medio de Juan de Neville, que se había podido fugar de Newcastle, mandó tomar las armas á todos sus vasallos desde la edad de quince años hasta la de sesenta, y que vinieran á reunirse sobre las fronteras de Yorkshire. David, después de haber saqueado á Durham, siguió á lo largo del río de Thyn hacia el país de Gales, y se aproximó al castillo de Salisbury. Esta fortaleza había sido dada en premio de sus servicios á Montagu, que en aquellos momen-

tos se hallaba prisionero en Francia. Su esposa estaba encerrada en el recinto de este castillo, confiado á la custodia de Guillermo de Montagu, sobrino de su marido.

Habiendo los escoceses pasado una noche al pie de sus muros, emprendieron al día siguiente la marcha sin haberlo hostilizado; pero el joven Montagu hizo una salida con cuarenta caballos, cayó sobre la retaguardia, mató é hirió más de doscientos hombres; se apoderó de más de ciento veinte acémilas cargadas con el botín que acababan de hacer en Durham, lo metió en su castillo y levantó los puentes. El ejército escocés retrocedió hacia el castillo, é intentó darle asalto; pero fue rechazado. Como la noche estaba ya cercana, David mandó suspender el ataque hasta el día siguiente. «Entonces fue cuando pudo verse á los escoceses prepararse, agitarse y buscar un pedazo de tierra donde pasar la noche. Vióse también á los sitiadores retirarse, conducir y curar á los heridos, y reunir los muertos.» Al día siguiente principió con nueva furia el asalto. «Allí estaba la condesa de Salisbury, tenida por la más bella é instruida de todo el reino de Inglaterra. Esta señora inspiraba mucho aliento á los sitiados, y claro está que un hombre favorecido con la mirada de una tal dama, é instigado por sus dulces palabras, debe valer por dos en caso de necesidad.» No habiendo producido este segundo asalto mejores resultados que el primero, volvieron los escoceses á retirarse al caer del día para repetir un nuevo esfuerzo al despuntar la aurora.

Sin embargo, los sitiados llenos de alarmas y abrumados de cansancio y heridas empezaron á desmayar. Montagu reunió sus caballeros á fin de tomar una determinación: sabía, por lo que habían dicho los prisioneros, que Eduardo había llegado á Warwick, consideraba conveniente darle aviso de su apurada situación, pero ¿quién podía atreverse á salir del castillo? Todas las avenidas estaban perfectamente guardadas, y además todos los caballeros preferían sepultarse en las ruinas del castillo antes que abandonar á la condesa, por cuyo hermoso rostro caían brillantes lágrimas que les quitaban la resolución de separarse de ella ni un solo momento.

Entonces el denodado joven dijo á sus compañeros: «Señores, veo y comprendo vuestra leal determinación. Quiero por lo tanto no mostrarme inferior á vuestro celo, y así digo, que por amor de esta señora y vuestro, acometeré personalmente la aventura, y me encargaré de llevar el mensaje.» Mucha fue la alegría que tales palabras causaron á la señora y á todos los caballeros.

Montagu hizo sus preparativos, salió solo á media noche con el mayor silencio, favorecido por la abundante lluvia que estaba cayendo, y atravesó el campamento enemigo sin ser sentido.

Estaba ya lejos del castillo, cuando al nacer la aurora se encontró con dos soldados escoceses que conducían dos bueyes y una vaca, mató las reses é hirió á los conductores, diciéndoles: «Os dejo con la vida para que vayáis á decir á vuestro rey, que Guillermo de Montagu ha atravesado su campamento, y que va á buscar al rey de Inglaterra á Warwick.» Bruce no tuvo por conveniente esperar á Eduardo, levantó el sitio y emprendió la retirada.

Eduardo llegó al medio día al mismo sitio de donde los escoceses acababan de levantar el campamento. Bien podría tal vez atribuirse la extremada rapidez que empleó en la marcha al estímulo de una pasión mal apegada, y al violento deseo de poder ser útil á la hermosa dama que no había vuelto á ver desde que la casó con Salisbury.

Así que la condesa vió venir al rey mandó abrir todas las puertas del castillo, y se presentó tan rica y elegantemente ataviada que arrebató el corazón de cuantos la miraban. Nadie podía cansarse de mi-

rar y remirar tanta hermosura y tan donoso ademán hermanado con tanta nobleza, ni de oír el delicioso acento de sus palabras. Al llegar junto al monarca, dobló la rodilla para darle gracias del socorro que acababa de recibir, y luego lo condujo al castillo para obsequiarlo y honrarlo. No podía el monarca reprim

mir sus miradas, y allá en el fondo de su corazón protestaba no haber nunca visto belleza que con aquella noble dama pudiera compararse. Tan profunda fue la herida que el amor hizo en el pecho del monarca, que el tiempo apenas tuvo poder para cicatrizarla. Entraron mano á mano en el castillo, y



JUANA DE MONTFORT DESCUBRIENDO LA ARMADA INGLESA.

después de haberse detenido un instante en el salón de recibimiento, pasó el rey juntamente con la condesa al aposento que le estaba preparado con una elegancia digna de la noble castellana. Siguió Eduardo fijando ávidamente sus ojos en la condesa hasta el punto que esta empezó á ruborizarse, y entonces el monarca se retiró á una ventana y quedó al parecer sumergido en meditaciones.

La condesa después de haber salido del aposento á dar disposiciones para los obsequios que preparaba,

volvió al lado del monarca y lo encontró ocupado todavía en sus meditaciones, que en concepto suyo debían atribuirse al sentimiento de no haber alcanzado al enemigo, y partiendo de este principio trató de darle consuelo: «¡Ah! querida señora, dijo Eduardo, otra cosa me afecta y me hierve en el corazón. El dulce ademán, la discreción, la gracia, la singular nobleza y la hermosura que he encontrado en vos, me han admirado tanto, que ya no me es posible pasar sin vuestro amor.» La dama contestó: «¡Ah!

querido señor, no queráis burlaros de mí, ni ponerme en peligro. No podría resolverme á creer que tan noble y generoso monarca hubiese pensado en deshonrar ni á mí, ni á mi esposo, que es tan bizarro caballero, que tanto os ha servido, y que por causa vuestra se halla actualmente prisionero.»

Cuando anunciaron que la mesa estaba servida, el rey se lavó, tomó asiento entre sus caballeros y se pudo notar que comió muy poco y estuvo dominado de sus pensamientos. Acabado el banquete se retiró á su aposento. Pasó la noche en continua agitacion pareciéndole por una parte muy odioso el tratar de engañar á un noble que con tanta lealtad le habia servido, y por otra no pudiendo apenas resistir al impulso de un amor, cuya violencia le ponía en el caso de olvidarse de todo honor y toda lealtad. Sin embargo, al día siguiente se despidió de la condesa, rogándole no tomara ninguna determinacion contra él, y ella le contestó suplicando echara en olvido los manifestados designios.

De allí á poco tiempo pudo el conde de Salisbury cangearse por el conde de Moray, escocés, y volvió á Inglaterra. Como nada sabia acerca de la pasion del rey, que aun no habia estallado, vivia tranquilo, porque como el rey mantenía oculta su pasion no le habia inspirado ningun motivo de recelo. Al volver á Londres Eduardo mandó publicar un torneo con la esperanza de atraer á la condesa, invitando al conde á presentar su esposa en la corte; Salisbury prometió hacerlo. Ya habreis comprendido, dice el historiador que tan donosamente refiere esta aventura, que el rey de Inglaterra ardía en amor de la bella y noble señora Alix, condesa de Salisbury. Amor le estaba continuamente atizando de día y de noche, y le representaba con tal viveza la beldad y poderosos atractivos de aquella dama, que le privaba de toda razon y no le dejaba apartar de ella el pensamiento. Por su parte la condesa no se atrevió á rehusar el convite de asistir al torneo, por temor de inspirar algun recelo á su marido por lo tocante á las intenciones del rey. Las fiestas duraron quince días y en ellas brilló personalmente el monarca inglés, distinguiéndose tambien Guillermo II, conde de Hainaut; su tio Juan de Hainaut, Roberto de Artois, los condes Derby, Salisbury, Gloucester, Warwick, Cornouailles, Suffok y otra porcion de caballeros. Las fiestas excedieron á cuanto hasta aquella época se habia visto, sin tener que lamentarse mas desgracia que la muerte del hijo mayor del conde de Beaumont, ocurrida durante el último combate en la barrera. Alix apareció vestida con extremada sencillez en medio de las damas cargadas de adornos, y esa circunstancia dió nuevos quilates á su hermosura, de manera que habiéndose propuesto sofocar con semejante modestia la pasion del rey, no hizo mas que darle nuevo pábulo.

Créese que en uno de los bailes dados durante estas fiestas, fue cuando habiéndosele caído á la condesa la cinta azul con que sostenía las elegantes medias que en aquella época se estilaban, Eduardo la recogió con tal viveza, que reparando la sonrisa que habia causado á los cortesanos, se volvió hácia ellos diciendo: *Confundido sea quien piense mal.* De allí á pocos años el rey mandó recomponer el palacio de Windsor que el rey Artus habia erigido en tiempos pasados en el sitio donde tuvo principio la noble tabla redonda, origen de tan denodados caballeros que llenaron el mundo con la gloria de sus proezas.

El espíritu romancesco y la ignorancia de la época autorizando esas fábulas, dieron lugar á creer que Windsor era el punto mas á propósito para servir de centro á la órden de caballería que Eduardo queria instituir en testimonio de su pasion: mandó, pues, edificar una capilla dedicada á San Jorge y creó el órden de la Liga (Jarretiere), que en concepto de sus caballeros pareció una institucion muy honrosa, en

la cual todo amor venia á refundirse, y ha llegado á nuestros tiempos siendo una de las cinco grandes órdenes europeas. El frágil monumento de la galantería de un rey de Inglaterra, ha resistido á todas las tempestades que han conmovido el trono británico. El mismo Cromwell tuvo por un momento intenciones de vender la triste celebridad que ha legado á la historia por el honor de llevar una cinta desprendida de la rodilla de una mujer. ¿Qué seran, pues, las cosas mas graves de la historia, la fe de los altares, la santidad de costumbres, la dignidad del hombre, la independencia y hasta la misma civilizacion si su existencia ha de ser mas precaria que los estatutos de la vanidad y las ordenanzas de la fruslería? No figuraron en la remota antigüedad las mujeres en los fastos de las naciones sino como esposas, como madres ó como hijas: hizo tomar muy poca parte á la sociedad en las debilidades que el cristianismo patentizaba como tales: ni siquiera noticia tuvo la antigüedad de esas pomposas escenas domésticas de la aristocracia de la edad media que duraron hasta que el pueblo reivindicó su libertad.

Acúsase á Eduardo de no haber satisfecho su pasion sino por medio de la violencia, pero esto no bastó para que el conde de Salisbury no creyese culpable á su esposa. Elisson y los señores bretones que habian sido decapitados, estaban en relaciones secretas con la condesa de Montfort y el rey de Inglaterra. En testimonio de su fe, habian enviado sus sellos á Eduardo, y este se los habia dado á guardar á Salisbury. El conde, aprovechándose de esta oportunidad para tomar venganza del raptor ó seductor de su esposa, enseñó los sellos á Felipe, y este mandó decapitar á los traidores. Otra prueba mas palpable de la infidencia de aquellos señores bretones, es el sentimiento que su suplicio causó al monarca inglés. Si hubiese Elisson permanecido siempre leal al partido del conde de Blois y de la Francia, ¿qué motivo habia para que Eduardo se manifestara tan conmovido por su muerte? Llegó hasta el caso de escribir al papa quejándose de aquel suceso y calificando á los decapitados de nobles adictos á su persona. Intentó reparar una sentencia arbitraria por medio de una guerra injusta, y se declaró vengador de personas que no habian sido súbditos suyos, y trató de deshacer un agravio, que no era de su competencia.

SUMARIO.

Gofredo de Harcourt, despues de una desavenencia con el mariscal de Briquibec pasa á Inglaterra, y rinde homenaje á Eduardo, como rey de Francia, por las tierras que dicho Gofredo poseia en Normandía.—Retrato de Gofredo, hombre de mediana capacidad elevado por la suerte.—Felipe, al verse rodeado de traidores, se vuelve sombrío y cruel.—Hace alianza con el rey de Castilla.—Juan de Hainaut, conde de Beaumont, vuelve al partido de Felipe.—Nuevas contribuciones, gabelas.—Estado de la hacienda durante la tercera raza, desde Hugo Capeto hasta Felipe de Valois.—La historia ha conservado el nombre de los caudillos de varias comociones populares entre los apellidos mas ilustres de la caballería, como para que se vean las lágrimas del pueblo al través de la gloria de las armas.—Eduardo pide y obtiene socorros pecuniarios de su parlamento mediante algunas concesiones: sistema de subsidios favorable á la Inglaterra y funesto á la Francia, y que contribuye á la libertad de un pueblo y á la servidumbre del otro.—Hostilidades en Guiena.—Toma de Aiguillon por los ingleses.—Gualtiero de Maury encuentra la tumba de su padre en la Reole.—Proeza de Agos en el castillo de esa ciudad.—Renúevanse las hostilidades en Bretaña.—Quimper es tomado por asalto.—No cesa la matanza hasta que encuentra un niño adherido al pecho de su pobre madre difunta.—Muerte del conde de Montfort.—Su retrato.—No se mostró inferior á su fortuna, pero esta le faltó, y su gloria aparece oscurecida por la de su mujer.—Acontecimientos de Flandes.

FRAGMENTOS.

CAIDA DE ARTAVELLE.

Artavelle, gastado en las turbulencias populares, can-

sado tal vez de sus orgias democráticas, que no le ofrecían mas encanto que la novedad, no habiendo tomado parte en ellas por el convencimiento de una opinion arraigada, sino por satisfacer mezquinos zelos plebeyos, Artavelle, decimos, no tenia ya otro pensamiento que poner en salvo sus tesoros. Tal vez habria podido preguntar á sus hijos: «¿Huele á sangre este oro?» Asi como Vespasiano preguntaba á Tito si la moneda que le presentaban olía á la contribucion de donde habia salido. Mas para poderse reir en paz de las victimas que habia hecho y del pueblo que habia enganado, era preciso que Artavelle cambiase de posicion. Dos eran los partidos que podia tomar: ó bien apoderarse del poder supremo, ó bien descender de su trono tribunicio y confundirse entre la multitud. Para lo primero se necesitaba un talento que Artavelle no tenia, al paso que le faltaba tambien valor para adoptar el segundo extremo. Poca era la seguridad que podia ofrecerle la abdicacion del crimen: esa corona deja para siempre señales en la frente que ha ceñido; no hay mas remedio que sufrir la terrible legitimidad.

No resolviéndose, pues, á seguir ninguno de esos dos caminos, recurrió á un expediente que puso de manifiesto toda la vulgaridad que habia en la naturaleza de aquel hombre: despues de haber desencadenado las masas, pensó en sujetarlas á un nuevo dueño, pero no al antiguo soberano, porque á este lo aborrecia y sospechaba que nunca podia perdonarle sus agravios. Acontece frecuentemente que un déspota popular, despues de haberse entregado á todos los excesos de la libertad, se guarece bajo el yugo de otro tirano con tal que este sea de su gusto y haya participado de sus excesos. Artavelle fijó la atencion en Eduardo que habia influido en todas sus maquinaciones, y dado mano y aprobacion á todos sus desmanes. Cuanto mas innoble era para un monarca, segun el espíritu de aquella época, el haber sido aliado de un fabricante de cerveza dándole inequívocas señales de su aprecio, tanto mas comprometido estaba á entrar de lleno en los planes de este Artavelle. Proyectó pues hacer al príncipe de Gales, duque de los flamencos, asi como habia hecho á Eduardo rey de los franceses.

Para tratar de este asunto, Eduardo desembarcó en el puerto de Ecluse á mediados de junio del 1343, trayendo en su compañía á su hijo y muchos barones y caballeros. A este punto acudieron los diputados de Flandes con Artavelle, que nada les habia dicho acerca del asunto que motivaba aquella entrevista. Reuniéronse á bordo del buque de guerra que montaba Eduardo, y Artavelle propuso sin rodeos que se desheredara al conde Luis de Flandes, y á su joven hijo Luis, dándole el condado de Flandes con el nombre de ducado al príncipe de Gales.

Hay en el corazon humano un fondo de justicia que se manifiesta siempre que las pasiones no se hallan en agitacion. En el momento á que nos referimos, los diputados de Flandes conservaban su sangre fria y no pudieron menos de indignarse al oír aquella proposicion que ofendia al espíritu de bondad de unos, y al carácter de lealtad de otros. Contestaron, pues, unánimemente que no podian tomar sobre sí la responsabilidad de un asunto tan grave, que andando el tiempo, podria afectar los intereses de su pais, y que era preciso consultar el parecer de sus representados. Dicho esto se retiraron.

Al dejar Artavelle que los diputados se le anticiparan en llegar á Gante, cometió una de aquellas faltas que deciden de la suerte de un hombre: si hubiese hablado antes que ellos, tal vez habria podido captarse el voto de los ciudadanos; pero su prestigio aun entre estos habia empezado ya á decaer. Sobre las ruinas de la pasada fortuna de Artavelle, iba descollando un rival peligroso, Gerardo Dionisio, presidente del gremio de los tejedores. Este nuevo tribuno, sea que estuviese seducido por el oro de Francia, sea que su

natural inclinacion no le dejara adoptar sino ideas generosas, ó sea por espíritu de oposicion, se manifestaba constantemente de parecer contrario á lo que Artavelle proponia. No se le habia ocultado á este último la importancia de aquella rivalidad, y estaba ya decidido á deshacerse de quien la promovía.

Llegados que fueron á Gante los diputados, convocaron el pueblo en la plaza del mercado, para dar cuenta del resultado de las conferencias con Eduardo. El pueblo, tan impetuoso para el bien como para el mal, manifestó su disgusto con sordos murmullos, en medio de los cuales tomó Gerardo Dionisio la palabra para decir:

«Honrados ciudadanos, hasta el presente hemos combatido por vuestras franquicias: Artavelle, que se ha llamado defensor de ellas, os propone en este momento sacrificarlas. Reparad que sino dejamos de ser libres, todo va á convertirse en acusacion nuestra. ¿Cómo nos justificaremos? ¿Qué habran producido vuestras sangrientas discordias? ¡Crímenes! ¡Crímenes! Ese hombre que os seducia, quiere entregaros á la Inglaterra. ¿Por ventura, si deseamos tener un rey, no hay en el país uno oriundo de nuestra propia sangre, educado entre nosotros, á quien conocemos, y de quien somos conocidos, que habla nuestro idioma, por cuya vida hemos rogado al cielo, cuyo nombre es tan sabido de nuestros hijos, como el de sus propios vecinos, y cuyos padres vivieron y murieron en compañía de los nuestros? ¿Acaso porque hemos reducido nuestros antiguos condes á ser unos viajeros será nuestro país un patrimonio venal que deba pasar á ser gerencia de los ingleses? ¡Ah! ¡Por Dios, si deseamos un rey, no vayamos á cometer la felonía de desheredar á nuestro señor natural para dar su lecho al primer camarada que se le antoje pedirlo.»

A estas palabras, Dionisio y sus compañeros añadieron todo lo que juzgaron oportuno para producir una súbita emocion en el pueblo, sin olvidarse de hacer presente que durante los diez años que Artavelle venia gobernando la Flandes, habia acumulado un tesoro, procedente tanto de ilegalidades, como de exacciones violentas. Ese amor del dinero, tan natural en las almas vulgares, fue causa de la ruina de Artavelle.

Habiéndose despedido de Eduardo en el mismo puesto donde lo habia recibido, pasó Artavelle á Brujes, y de allí á Iprés, cuya poblacion se mostró favorable á sus designios. De allí regresó á Gante. Al pasar por las calles, acompañado de sus amigos y de la guardia extranjera que Eduardo le habia dado, conoció que se estaba tramando alguna cosa contra él: pues los que tenian costumbre de saludarle, le volvian la espalda y se metian en sus casas. El pueblo murmuraba y decía: «He ahí al que se cree mas que soberano, pues quiere disponer á su gusto del condado de Flandes.» Al llegar á su casa, no se descuidó Artavelle en tomar precauciones, pues como buen conocedor que era del pueblo, no se le pudieron ocultar los signos precursores de la tempestad. Apenas habia mandado atrancar las puertas y ventanas, cuando se sublevó todo el barrio, y principiaron á asaltar la casa del cervecero. No fue el tumulto bastante para que los criados de Artavelle, dando un raro ejemplo de fidelidad, desistieran de defenderlo; mas á pesar de haber muerto y herido á varios de los agresores, las puertas fueron violadas y la multitud penetró en la casa dando alaridos de furor. Entonces el cervecero se presentó en una ventana con la cabeza desnuda y en aptitud suplicante. «¿Qué pedis, buenas gentes, les dijo? ¿Qué causa os mueve? ¿Por qué estais tan airados contra mí? ¿En qué os he ofendido?—¿Dónde estan los tesoros de Flandes? gritaron los amotinados.—Nada de ellos he tomado, dijo Artavelle. Volved mañana y os satisfaré.»—No, no os escapareis con esa estratagema. Habeis enviado los tesoros á Inglaterra, y por ese delito no

«teneis mas remedio que morir.» Al oír esta terrible amenaza, el cervicero juntó las manos, y derramando lágrimas exclamó: «No soy mas que una hechura vuestra, señores. Al elevarme jurásteis defenderme contra todo viviente, y ahora pretendéis quitarme la vida sin ningun motivo. Recordad el tiempo pasado: tened presentes mis finezas. Os he gobernado en paz profunda; todo lo que habeis deseado, trigo, avena, mercancías, todo lo habeis tenido con abundancia... ¿Quereis darme tan injusta recompensa por los beneficios que he podido hacer?»

Ni lágrimas, ni palabras, calmaron al pueblo. Una voz terrible se elevó diciendo: «Bajad, bajad á hablar con nosotros. ¿Para qué nos estais predicando desde tan alto?» Artavelle comprendió que esta voz pronunciaba su sentencia de muerte. Cerró la ventana y trató de salir por una puerta secreta para refugiarse en un templo inmediato; esperando hallar asilo á los piés de aquel cuya misericordia no es pasajera como la de los hombres. Mas ya el edificio estaba lleno de sublevados, que habiéndose precipitado sobre el triste cervicero, lo hicieron pedazos. Gerardo Dionisio fue el primero que le dió el golpe de muerte, aquel Gerardo, que aunque al parecer obraba impelido por una buena causa, no valia tal vez tanto como su víctima. Siendo el pueblo en las repúblicas legislador, juez y soberano puede dictar la ley, pronunciar la sentencia y ejecutarla: semejante acto, ejecutado por la democracia podrá ser inicuo, pero no ilegal. Artavelle habia establecido esa fórmula de gobierno.

Eduardo supo en Ecluse el trágico fin de aquel, que segun Froissart, era su gran amigo y querido compadre. En vista de este suceso, dirigió el rumbo hacia Inglaterra, amenazando la Flandes; y declarándose como siempre, vengador de la muerte de los traidores. En realidad Eduardo no tenia mas ganas de enemistarse con los flamencos, que los flamencos con Eduardo. Una diputacion de estos últimos pasó á Londres, y habló al rey en los términos siguientes: «Querido señor, el cielo os ha dado hermosos hijos é hijas. El principe de Gales no puede menos de ser un gran potentado sin necesitar de la herencia de Flandes. Vos tenéis una hermosa hija, y nosotros un gallardo doncel criado y educado entre nosotros, y que es el legítimo heredero de Flandes. Tal vez podria realizarse un enlace entre esos dos jóvenes! Estas palabras dulcificaron el aparente dolor del rey de Inglaterra, y la memoria de Artavelle cayó en profundo olvido, como sucede con la de todos aquellos cuya reputacion no estriva en el talento ó en la virtud.

SUMARIO.

Juan, duque de Normandia, hijo mayor del rey, marcha á Guyena, y despues de haberse apoderado de Angulema, pone sitio á Aiguillon con mas de cien mil hombres.—Resistencia de los sitiados mandados por el conde de Derby.

FRAGMENTOS.

INVASION DE LA FRANCIA POR EDUARDO.

Fatales fueron las consecuencias de aquel asedio; pues ellas fueron las que alentarón á Eduardo á pasar á Francia y privaron á Felipe de cien mil combatientes que habrian podido tomar parte en la batalla de Crecy. Todo venia encaminado con arreglo á los designios de la Providencia. El grave historiador que mas á fondo ha conocido las antigüedades de la Francia se expresa en estos términos: «Las calamidades que cayeron sobre esta nacion y las grandes victorias del rey Eduardo no deben servir de testimonio de la justicia de sus pretensiones, sino del castigo que Dios impuso á los vicios de los franceses. La restitucion de las pérdidas y la conservacion del Estado manifiestan que este no llegó á su completa ruina.»

El duque de Normandia habia jurado no abandonar el sitio de Aiguillon, no siendo llamado por su padre, hasta tomar la plaza. Despachó al condestable de Eu y Tancarville para que dieran cuenta á Felipe de la resistencia que aquella ciudad le oponia. Felipe mandó permanecer á su lado á esos dos enviados, y contestó á su hijo que no desistiera del asedio hasta que obligara á la plaza á rendirse por hambre, ya que no era posible tomarla por asalto.

En tanto el rey de Inglaterra, teniendo noticia de lo que ocurría en Guiena, se preparaba á socorrer en persona al conde de Derby. Con este objeto reunió en el puerto de Southampton mil naves, cuatro mil hombres de armas, diez mil arqueros y diez y seis mil hombres de infantería ligera, de los cuales diez mil eran del pais de Gales y los restantes irlandeses. Dejó encomendado el cuidado del reino á los arzobispos de Cantorbery y de York, á los obispos de Lincoln y de Durham, y á los señores de Percy y de Neville, y encargó la custodia particular de la reina á su primo el conde de Kent. Habiendo soplado el viento favorable, Eduardo se hizo á la vela á fines de julio de 1346 con toda su escuadra en direccion de las costas de Gascuña.

En el mismo buque que montaba el monarca, iban Gofredo de Harcourt, y el joven principe de Gales, que rayaba en los quince años de edad. En el mismo buque figuraban los condes de Hereford, de Northampton, de Arundel, de Cornouailles, de Warwick, de Huntingdon, de Suffolk y de Oxford; los barones y caballeros Juan Luis y Roger de Beauchamp, Renauld y Cobham y los señores de Mortimer de Mowbray de Boss, de Lucy, de Folton, de Bradestan de Moulton, de Man, de Basset, de Berkley y de Villoughby, acompañados de otros guerreros que en lo sucesivo adquirieron celebridad por sus hechos de armas como Juan Chandos, Fitz Warren, Pedro y James de Andelau, Rogero de Wetkevalle, Barthelemy de Burgherst y Ricardo de Sembridge. Tambien es preciso hacer mencion de algunos extranjeros como Oluphart de Ghistelle del pais de Hainaut y cinco ó seis caballeros alemanes.

Durante los dos primeros días, la escuadra navegó con bonanza hacia el puerto á que se dirigian: si hubiesen entrado en la Gironda, su empresa habria fracasado, pero Dios habia dispuesto lo contrario. Aquel que tiene imperio sobre las olas, mandó replegar las alas al viento que al parecer encaminaba tan favorablemente á la escuadra, y dispuso que fuera impelida por otro que la impelió violentamente hacia Cornouailles, en cuyo puerto anclaron. Eduardo pedía con impaciencia al cielo la reaparicion de la primera brisa, ignorando que la tempestad á cuyo impulso ondeaba entonces su pabellon, era la que le ponía en camino de la victoria.

Ya hemos dicho que Gofredo de Harcourt era uno de los que acompañaban al monarca en la nave real. Este nunca fue de opinion que se atacara á la Francia por el lado de Guyena, demasiado distante del punto céntrico de la nacion, y defendido, como provincia fronteriza, por una multitud de fortalezas. No parece sino que á este traidor le habia dejado entrever al cielo alguna parte del plan de sus iras; nada hay mas inteligente que la venganza y el odio. Cuando vió Harcourt que la flota era rechazada hacia las costas de Inglaterra, se aprovechó de esta circunstancia para hacer variar á Eduardo de resolucion. «Señor, le dijo, constantemente os he aconsejado que tomárais tierra en Normandia, y ahora vuelvo á insistir en mi propósito. Nadie se opondrá á vuestro desembarque, porque hace ya tiempo que los pueblos que habitan esa costa, carecen de armas, y nunca se han hallado en los trances de la guerra. Toda la nobleza de ese pais ha ido á tomar parte en el asedio de Aiguillon. Por consiguiente,

«nadie se opondrá á vuestro paso, y ademas encontrareis muchas ciudades abiertas donde vuestros soldados podran enriquecerse para veinte años.» Ruégoos, por lo tanto, que no os desdigneis de oír mi consejo, de cuyo buen resultado salgo garante con mi cabeza.»

El rey se inclinó á seguir este consejo, mandó levar áncoras, puso su buque al frente de la escuadra, y volvió la proa hacia Normandia. De esta repentina variacion nacieron calamidades que se prolongaron por espacio de cien años.

Los franceses, que tantas veces habian desolado playas extranjeras, iban á su vez á sentir las abominaciones de la conquista. Desde la invasion de los normandos no habia la Francia visto enemigos en su seno; un normando volvía á traérselos al cabo de cuatro siglos. Los mil buques ingleses aparecieron delante de Hogue-Saint-Wast en Corentin. Eduardo, armado de piés á cabeza, y rodeado de sus caballeros, apareció sobre la cubierta de la nave capitana tremolando el estandarte de Inglaterra, que en aquella época era blanco, así como el de Francia era encarnado. Sin resistencia de ningun género, como Harcourt se lo habia predicho, desembarcó en el puerto de Hogue el día 12 de julio de 1346. Cerca del cabo de ese mismo nombre, derramaron franceses su sangre durante el reinado de Luis XIV, por volver á colocar á un monarca inglés en el trono de sus padres.

La tierra de San Salvador, que pertenecía á Gofredo de Harcourt, se extendía hasta el puerto de Hogue, de manera que Gofredo vió desde los buques ingleses el lugar de su nacimiento y las localidades llenas de los recuerdos de su juventud. Al indicar á Eduardo el pais que iban á desolar, pudiera haberle dicho: «Aquella es la torre de la iglesia donde recibí el bautismo: en el torreón de aquel edificio feudal pasé los primeros años de mi vida: allí vuestros soldados podran deshonorar el lecho de mi madre, y mas allá podran tambien si quieren arrojar al viento las cenizas de mis antepasados.»

¿Cómo pudo sin conmoverse Gofredo al poner el pié en la playa ver huir despavoridos sus paisanos por los mismos caminos que conducian á su techo paterno, y por los mismos campos, testigos de sus juegos infantiles? Un historiador supone que Roma habló en estos términos á Manlio Capitolino: «Manlio, yo te consideré como el mas amado de mis hijos cuando te precipitaste á los enemigos desde lo alto del Capitolio; pero ahora que desgarras mi seno apartate de mí, maldito, y rueda por el mismo precipicio por donde precipitaste á los galos.» Con mas motivo hubiera podido la Francia con los ojos anegados en llanto y envuelta en su desgarrado manto, gritar á Gofredo de Harcourt: «Felon y desleal caballero, en Crecy te espero sobre el ensangrentado cadáver de tu hermano fiel á la patria! En vano te arrepentirás: tu arrepentimiento no tendrá mas duracion que tu inocencia. Nuevamente traidor morirás en tu perfidia, doblemente envilecido por tu crimen y por el perdon de tu rey.»

Habiendo la escuadra echado las áncoras se verificó el desembarque sobre una playa desierta, imágen de lo que iba á ser toda la nacion durante la permanencia de los ingleses. Dicese que al poner Eduardo su pié en la playa, tropezó como César al pisar el Africa, ó como Guillermo el Bastardo al entrar en Inglaterra. Habiéndole hecho salir sangre de las narices la caída, los caballeros lo tomaron por mal agüero y llenos de sobresalto le dijeron: «Amado señor, retiraos á vuestra nave y no volvais por hoy á tierra, pues esta casualidad debe ser considerada como un aviso.» Eduardo contestó con ademan festivo: «Aviso es ciertamente, pero de muy buen agüero, porque equivale á decirme que esta tierra me desea.» Hay palabras y aventuras que son propias de todos

los conquistadores: todos los animales de presa tienen un mismo instinto y unas mismas costumbres.

Sobre el mismo sitio donde se verificó el desembarque, armó caballero el rey de Inglaterra á su joven hijo el principe de Gales: podria decirse que esa tierra de Francia tiene la propiedad de inspirar heroísmo hasta á sus propios enemigos. En seguida nombró condestable al conde de Arundel y mariscales á Gofredo de Harcourt y al conde de Warwick.

El pais de Corentin forma una casi isla: Eduardo formó su ejército dividiéndolo con arreglo á la naturaleza del terreno que se proponia recorrer, en tres cuerpos: dos de estos, es decir, las alas del ejército mandadas por los dos mariscales, marchaban apoyándose en las dos riberas del mar, en tanto que el cuerpo principal, ó sea centro de la línea con el rey, el principe de Gales y el condestable, iba adelantándose y siguiendo el movimiento. Cada noche se replegaban las dos alas y cubrian los flancos de la division central. El conde Huntingdon permanecia en la escuadra con ciento veinte hombres de armas y cuatrocientos arqueros acompañando el movimiento del ejército de tierra. Esta buena disposicion militar contribuyó á que el ejército de Eduardo, moviéndose sobre una sola y dilatada línea, pudiera irse desarrollando por el pais como un vasto semicírculo de fuego.

Nada pudo librarse ni por mar ni por tierra de la desolacion que en torno de sí iba derramando aquel monarca que se intitulaba rey de los franceses, y que pretendia establecer sobre ellos su reinado: por mar no hubo buque grande ni pequeño que dejara de ser presa de la escuadra de Eduardo, y por tierra no habia ciudad ni aldea que se librara de ser saqueada, ó tal vez reducida á ceniza. Barfleur fue la primera ciudad que sucumbió, y aunque no opuso resistencia, no por eso pudo librarse de perder en el saqueo todo el oro, plata y preciosidades que se encerraban en sus muros. Tan buena fue la cosecha de estos objetos, que los camaradas ningun caso hacian de telas de mucho valor. Los habitantes fueron arrebatados de la ciudad y amontonados en los buques de la escuadra. Cherbourg fue presa de las llamas: su castillo se defendió: Montebourg, Valognes y Carentan fueron completamente arrasados.

No eran menores los estragos que la division central iba haciendo por donde pasaba. Gofredo de Harcourt mandaba la vanguardia de este cuerpo compuesta de quinientos hombres pesadamente armados y dos mil arqueros; y como buen conocedor del suelo patrio, era quien marcaba el camino. En aquella época estaba el pais rebosando en riquezas: abundaban los cereales, los ganados, y hasta los medios de conduccion. Los habitantes huían al aproximarse los ingleses hasta que no volvieran á oír hablar de ellos, y dejaban abandonadas sus casas llenas de los bienes mas preciosos del mundo. Así es que poco fue el trabajo que costó á los invasores el quemar, talar, saquear y robar el hermoso pais de la Normandia. Saint-Lo, que en aquella época era notable por sus manufacturas de paño, quedó completamente arruinado y despues de este hecho se reunieron los tres cuerpos del ejército inglés y avanzaron por las llanuras de Caen. A esta descripcion de las calamidades de la Francia, se deben los curiosos detalles de su cultura é industria en aquella época.

No faltaban en París noticias del armamento que estaban haciendo los ingleses, pero no se habia podido averiguar sobre qué punto la tempestad descargaría; no bien se supo que habia caído sobre el corazón del reino, cuando Felipe se dió prisa en enviar á Caen á los condes de Eu, condestable de Francia, y al de Tancarville que acababan de llegar del sitio de Aiguillon. Lanzáronse estos precipitadamente en la ciudad acompañados de algunos hombres de ar-